

Anotaciones preliminares²

- La providencia ha querido que comparta estas reflexiones en el contexto de la XXª Semana de Teología, que organiza con perseverancia y creatividad nuestra Sociedad Argentina de Teología.

En verdad, estas reflexiones surgieron en otro contexto, más personal y doméstico, pero iluminaron de tal manera mi vida y mi quehacer teológico, que quise compartirlas. Más tarde, me pidieron que lo hiciera en este espacio, en el marco de estos días dedicados a la reflexión sobre el tema “Esperanza y Solidaridad” y he pensado que el hecho de poder integrar la vivencia de la maternidad como una riqueza espiritual que potencia los demás aspectos de nuestra vida, constituye una esperanza para las mujeres, y, ¿por qué no?, para los varones.

- No es difícil unir el tema de la maternidad, a los de la esperanza y la solidaridad, más aún, en el primero, parecen confluir el segundo y el tercero.

Todos podemos percibir que la maternidad es en sí misma *una esperanza*. aguardamos el nacimiento de un/a hijo/a, con el anhelo de la esperanza; de hecho si nos animamos a

*La maternidad
como celda: un
lugar para el
hijo, un camino
para la madre
(o la solidaria
esperanza de
abrir un espacio
espiritual)*

CuadMon 139
(2001) 423 - 436

¹ Bachiller, Profesora y Licenciada en Teología Dogmática por la Facultad de Teología de la UCA. Realizó tareas docentes en diversas instituciones, actualmente colabora en la Facultad de Teología y realiza tareas de asesoramiento pastoral y teológico en el Obispado de San Isidro. Junto con Inés O. de LANÚS han escrito *Interioridad, Presencia y Acción de Dios en el Hombre, Según San Agustín* (Ed. Paulinas, Buenos Aires, 1993).

² Tal como lo señala el primer párrafo, este trabajo fue presentado en un panel sobre “Iglesia, Teología y Mujeres” realizado en el transcurso de la XXª Semana de Teología, organizada por la Sociedad Argentina de Teología, en La Falda, Provincia de Córdoba (Argentina) del 16 al 19 de julio de

traer a una persona al mundo, es porque creemos que la vida tiene sentido y porque apostamos a que, aún en este convulsionado mundo, el niño/a que viene tiene alguna buena probabilidad de ser feliz. Al mismo tiempo, cada hijo, cada hija, traen consigo una esperanza, esperamos que enriquezcan con su presencia nuestra vida familiar y comunitaria, esperamos que hagan su aporte positivo a la sociedad cuando sea adultos. Cada embarazo y cada mujer embarazada es una esperanza y una promesa para la Iglesia y para el mundo.

Por otra parte, la maternidad es un *acontecimiento solidario*. Aún desde lo físico, tiene que darse la cooperación de dos personas para que una tercera sea concebida y se desarrolle en un cuerpo humano que facilita todos sus recursos, para que otro ser humano sea en él. Podemos decir que la vida humana es imposible si no existe esta primera y fundamental solidaridad de la madre para con su hijo. El cometido fundamental del embarazo es lograr que la nueva vida sea posible y autónoma y el medio para lograr esta viabilidad es la entrega de lo mejor de la madre³. El nacimiento tiene lugar cuando el bebé está perfectamente equipado para la existencia extrauterina; sabemos que allí no termina el rol materno, recién comienza y consistirá en hacer de mil maneras a lo largo de los años, por una elección conciente y libre, lo que durante nueve meses hizo nuestro cuerpo: entregar lo mejor de nosotras mismas, para que cada día el hijo/a sea más "sí mismo". Tal como acontece en el parto, en este proceso habrá alegría, dolor y aceptación de un vacío que tiene que darse en la madre para que el/la hijo/a viva con una plenitud mayor.

Visto de esta manera, el embarazo se transforma en una *parábola solidaria* que invita a vivir esta actitud más allá de las fronteras de la carne y del hogar - Aún quisiera dar con ustedes, un paso más en la reflexión. En nuestra experiencia cultural occidental, la maternidad es vivida a menudo como un obstáculo para la realización de otras actividades, para el despliegue de otros aspectos personales. No niego el hecho de que la maternidad supone una elección y la consiguiente renuncia; la misma ley nos concede un tiempo de licencia⁴, reconociendo de este modo, que en los primeros meses de vida, un hijo/a requiere dedicación exclusiva y excluyente. Pero la renuncia a determinadas actividades, no significa que la maternidad no enriquezca esos mismos aspectos de la vida, que serán retomados más tarde o a los que se dedi-

2001.

³ Es notable lo que sucede con el tema de la alimentación durante el embarazo: los nutrientes abastecerán primero al bebé y lo que quede, será absorbido por el cuerpo de la madre.

⁴ En algunos países de Europa, como Noruega, esta licencia puede extenderse hasta tres años en los que no hay goce de sueldo, pero el empleador debe conservar el puesto de la asalariada. Allí

cará menos tiempo en lo sucesivo.

Nuestra era “globalizada”, es, paradójicamente, un era “fragmentada”, cuando en realidad la gran aspiración de los hombres y de los pueblos es la comunión, la integración. Esta fragmentación, esta desintegración, llega a nuestros hogares y a nuestros corazones, y lo comprobamos en este tipo de razonamientos: “si somos madres, no seremos buenas profesionales”; “si nos aplicamos con dedicación al trabajo, le quitamos cantidad y calidad de presencia a nuestras familias”. Me animo a decir que esos razonamientos son, por lo menos, engañosos.

Creo que el camino a recorrer es el del difícil arte de la integración, de la comunión de dones y carismas que se da primero en la propia persona y que luego se verifica en la familia, en la pequeña comunidad, en la Iglesia⁵.

Constituye una esperanza el hecho de pensar que esta integración es posible, que es factible una vivencia enriquecedora de la maternidad, que ilumine y no opaque, la variada gama de aspectos en los que se desenvuelven nuestras vidas.

Pienso también que dicha integración, objeto de nuestra *esperanza*, no será posible sin una actitud *solidaria*. Necesitamos contar con la solidaridad de los varones: esposos, hermanos, padres, amigos, compañeros de trabajo y de estudio, que se animen a pensar con nosotras, roles y estilos más inclusivos de ser y quehacer femeninos. Las mujeres necesitamos contar con la solidaridad de otras mujeres, que nos acerquen su experiencia, sus inquietudes y sus logros. Necesitamos contar con la solidaridad de la pequeña comunidad, que nos ayudará a encontrar los espacios concretos de nuestra vocación y misión. Necesitamos contar con la solidaridad de la Iglesia toda, en la que queremos vivir la más amplia comunión. Necesitamos contar con la apertura cordial de todos y con su corrección fraterna.

Ofrecemos nuestra solidaridad, nuestra búsqueda sincera y la disponibilidad de nuestras mentes y corazones para dejarnos acompañar.

- Espero que las siguientes reflexiones alimenten nuestra esperanza y que nos ayuden a encontrar, de manera solidaria, la propia “celda”, el personalísimo espacio espiritual desde el cual estamos llamados a entregarnos al Señor y a los hermanos.

también se contempla la licencia por paternidad.

⁵ Autores clásicos y contemporáneos señalan la integración, la unificación interior, como un síntoma de madurez espiritual. Cf J. GARRIDO, *Unificación de vida*, en: *Adulto y Cristiano. Crisis de realismo y madurez cristiana*, Bilbao, 1989, 203-208; M. HERRÁIZ GARCÍA, *Unidad de Vida*, en: *La*

1. La celda es un espacio espiritual

Desde hace algún tiempo, frecuento a los Padres del desierto. Digo "frecuento", porque la lectura de sus obras ha hecho en mí el efecto de una presencia, tan fuerte es el mensaje que ellos proclaman. Como todos los clásicos, su lectura resulta actual, actualísima; desde el siglo IV, V, VI, parecen hablar para nosotros, porque hablan al corazón del hombre, desde el corazón del hombre; especialmente hablan a partir del profundo conocimiento de sí mismos que han adquirido en el desierto. Entonces, los desprevenidos que pensamos desde nuestra lejana laicidad del Siglo XXI, que su lectura será ilustrativa e interesante, nos encontramos con mucho más que eso, se trata de una lectura interpelante, inquietante. A menudo lo que dice aquel lejano monje, en tiempo y en espacio, es una actualización rotunda de la Palabra de Dios, al aquí y ahora de nuestras vidas.

Así es como encontré que sus enseñanzas tenían mucho que decir (entre otras cosas) a mi realidad de madre. Elijo una para compartir con ustedes: se trata de la relación entre la realidad de ser madre y la enseñanza de los Padres acerca de la permanencia en la celda.

1.1. La celda en la experiencia de los antiguos monjes

Ante todo, tenemos que conocer o recordar lo que era la celda para estos monjes del desierto de los primeros siglos del cristianismo. Se trata del pequeño lugar en el que vivían, con frecuencia una cueva o una choza muy simple y rústica. En ese lugar dormían, oraban, leían la Palabra de Dios (los que tenían la posibilidad de hacerlo), algunos incluso trabajaban en la celda, en la confección de canastos, o en alguna otra tarea manual. En una palabra: allí *permanecían*⁶. En la celda no había grandes comodidades, sino solamente los elementos esenciales para la vida: una estera para dormir o sentarse, tal vez algún recipiente para el aseo, algún rollo de la Escritura, etc. Con diferencias según el lugar y el estilo personal, no mucho más que esto.

La celda es, pues, un lugar simple y austero, donde no hay mucho margen para distraerse, porque la celda es sobre todo para estas personas, el lugar del encuentro con Dios. A esta dimensión, precisamente, quisiera referirme, porque la celda es mucho más que un lugar físico: es una localización espi-

Oración, Historia de Amistad, Madrid, 1985, 175-198.

⁶ Vale la pena detenerse en el significado del verbo permanecer: "seguir estando en un lugar durante un tiempo determinado. No cambiar de estado, situación o calidad en que una persona o

ritual y teológica. Es aquel lugar elegido dentro del desierto, aún más, dentro del cenobio, para el encuentro con Dios. Esta sencilla habitación es para estos monjes y aún para muchos místicos posteriores, un espacio físico, que evoca el lugar espiritual de la persona, en el cual la acción de Dios recibe acogida.⁷ Permanecer en la celda es permanecer en sí mismo, disponiéndose para el encuentro con el Señor.

Por este motivo, es esencial para el monje aprender a permanecer en la celda, ya que no es posible el encuentro con Aquel con Quien deseamos encontrarnos, si nos vamos del lugar en el que hemos convenido dejarnos encontrar.

Permanecer parece simple, pero no lo es, porque en el silencio, en las horas que transcurren iguales, grises, o en medio de la prueba o la desolación, la gran tentación es salir de la celda o romper el silencio. Quedarse en la celda, pues, no es poco. Estos hombres iban al desierto a encontrarse con Dios y sabían que allí habrían de luchar con sus demonios⁸.

Efectivamente, el desierto es, en la Escritura y en numerosas culturas de la antigüedad, la morada de los demonios, pero ellos eran muy concientes que los demonios que se daban a conocer en la austeridad del yermo; eran, sobre todo, los que llevaban en sí mismos⁹.

Quedarse en la celda no es poco, pero no es suficiente, hay que aprender a permanecer, hay que hacer una opción por la permanencia, tiene que ser una decisión del corazón. Los Padres del desierto así lo recomiendan, porque no será posible perseverar si la determinación no es profunda, (si no es "determinada" diría Teresa de Ávila¹⁰), y además no se sacarán los frutos que se buscan. ¿Qué se pretende, pues, de la celda? Crear el ámbito propicio para vivir la

cosa se encuentra" Cf Voz correspondiente en AA. VV, *El Pequeño Larousse Ilustrado*. México-Bs.As., 1996.

⁷ Cf G. G. PESENTI, Voz *Caverna-cella*, en L. BORRIELLO, E. CARUANA, M. R. DEL GENIO, N. Suffi (eds.), *Dizionario di Mistica*, Roma, 1998, 287-288.

⁸ Para una visión simple y a la vez de conjunto sobre el desierto y la praxis monástica, ver M. D. SÁNCHEZ, *Historia de la Espiritualidad Patrística*, Madrid, 1992, en particular 147-174 (con interesante Bibliografía). También D. DE PABLO MAROTO, *Historia de la Espiritualidad Cristiana*, Madrid, 1990, 68-77.

⁹ Al hablar de los demonios que llevamos dentro, me refiero a la doctrina de los ocho vicios capitales, expuesta por Evagrio Póntico (+399) en su *Tratado Práctico*. Cf *Evagrio Póntico, Obras Espirituales*, Madrid, 1995, 131-175. Esta doctrina fue enriquecida y difundida en Occidente por Juan Casiano (360-435), en *Instituciones Cenobíticas II: (Libros V-XII). Los Vicios Capitales*, Bs. As., 1998. Respecto de la experiencia de los propios demonios en el pensamiento de los Padres del desierto, resulta muy ilustrativa la lectura de la *Vita Antonii*, escrita por Atanasio; particularmente en el capítulo 12 de esta obra se describe la lucha de Antonio con sus demonios, encerrado en una fortaleza abandonada en el desierto.

vigilancia evangélica, poner el corazón en actitud de oración, de apertura a la gracia. En ese clima puede hablar el Señor, porque su siervo escucha (Cf 1 53,9).

Después de esta composición de lugar, alguien podría representarse una escena bastante idílica: un monje de expresión pacífica que medita, tranquilamente en la paz de su recogimiento, la Palabra de Dios. En principio diría que la escena puede darse, pero me animaría a suponer que la paz que ha conquistado nuestro solitario orante, ha sido a fuerza de lucha, de paciencia y de humildad; y que si ha perseverado en el combate espiritual, seguramente ha recibido un regalo en su aprendizaje: un aceptable conocimiento de sí mismo que ha retroalimentado la inicial humildad con la que entró a la celda.

Vemos entonces, cuántas bondades se alojan en la celda, los Padres las conocían, por eso recomiendan con tanta insistencia permanecer en ella. Así lo indica el abad Serapión: "Hijo, si quieres ser de alguna utilidad, permanece en tu celda, mírate a ti mismo y a tu trabajo manual. El salir no te servirá tanto para progresar como el estarte quieto" (Apot. 878)¹¹. También el anciano Moisés: «Un hermano vino al asceterio del padre anciano Moisés y le pidió un consejo. El anciano le dijo: "Anda, vete a tu celda y siéntate. La celda te lo enseñará todo"» (Apot. 500)¹².

Podríamos multiplicar las citas del mismo tenor, de hecho cuando llegaba algún joven, los monjes ancianos antes de enseñarle nada, a menudo lo enviaban a la celda, ya que consideraban esta permanencia más provechosa que muchas enseñanzas verbales. Así opina también el sabio monje contemporáneo, A. Grün: "A los jóvenes no les hace demasiado bien meditar e ir demasiado pronto por el camino de la mística. Primero deben enfrentarse con su propia realidad. Deben examinar sus pasiones y luchar contra ellas. Sólo entonces podrán ponerse en el camino interior, sólo entonces podrán afianzar su corazón totalmente en Dios..."¹³.

1.2. La celda desde la propia experiencia

Hasta aquí los sabios monjes antiguos y nuevos y la indiscutible conveniencia de la celda.

¿Cómo llega esta realidad que parece lejana, a nosotros, los laicos del Siglo XXI?, o en otras palabras ¿cuál es, en mi vida, el correlato de la "celda"?

¹⁰ La "determinación", es un concepto característico de la santa para expresar una decisión irrevocable, una voluntad profunda. Ver por ejemplo Libro de la Vida, 7, 8; 13,3; 21,1, en: *Teresa de Jesús, Obras Completas*. Burgos, 1990.

¹¹ Las citas de los Padres están tomadas de A. GRÜN, *La Sabiduría de los Padres del Desierto*.

Para comprender esto es bueno retomar el significado de la misma: la celda es el "lugar" espiritual, vital, desde dónde me hago receptiva a la acción de Dios, el "desde dónde" me dispongo a escucharlo y a seguirlo. Si lo escucho "desde allí" es porque buenamente he comprendido que es ése el espacio en donde Él me quiere, que ésa es su Voluntad para mí. La celda, creo entender, es la Voluntad de Dios para cada uno de nosotros.

Es simple, pero normalmente nos lleva tiempo y trabajo comprender que la mentada Voluntad de Dios comienza por lo concreto, concretísimo de mi vida. Comienza con mi propio ser: mi cuerpo, mi carácter, mis capacidades y deficiencias físicas, psicológicas y espirituales, el lugar en el que he nacido y en el que en este momento me toca estar, etc. Mi vocación y misión expresadas en el aquí y ahora de mi vida, en el presente como único tiempo de amar a Dios, como decía Teresa de Lisieux¹⁴.

En este punto, cada cristiano, desde su personalísima respuesta al Señor, podría describir su celda, podría contarnos su experiencia. Todos los relatos nos ayudarían y nos alentarían a permanecer en la propia. Nunca se me hubiera ocurrido describir la maternidad como celda, nunca, hasta que me convertí en madre. Francamente, me había imaginado otra cosa; creía sin embargo que mis expectativas eran realistas, sabía que la maternidad entrañaba mucha entrega y una fuerte renuncia a mí misma, pero fue algo distinto lo que quebró mis fantasías.

Pienso que en algún punto no podemos escapar de una cierta imagen idealizada de la maternidad, en la que más allá de todas las renunciadas, todo irá bien y será hermoso. Pienso que esta fantasía del "inconsciente colectivo" también la tenía yo, porque al mes del nacimiento de mi hija, después de un parto largo y difícil, de un puerperio en el que me sentí bastante débil, con una beba a la que había que darle de mamar rigurosamente cada dos horas, de día y de noche y que no paraba de llorar a causa de los cólicos que tenía, confieso que me sentía bastante "quebrada".

Me partía el alma verla llorar y a pesar de que el pediatra decía que nada se podía hacer, yo quería, necesitaba hacer algo. Una tarde calurosísima de enero, sentada al lado de la cuna en la que lloraba mi hija de cuarenta días, comprendí lo que era la celda para mí: ¡la celda era, exactamente esa experiencia! Sentí que tenía que aprender a permanecer con ese llanto, con mi cansancio de muchas noches mal dormidas, con mi impaciencia y mi impotencia, con mi incapacidad de orar... porque mi oración consistía precisamente en perma-

El cielo comienza en Ti, Salamanca, 2000, 30-37. A partir de aquí, *La Sabiduría...*

¹² *La Sabiduría...*, 30.

necer allí, así como estaba.

Me llevó la simbólica suma de cuarenta días darme cuenta de algo tan simple como la necesidad de permanecer sencillamente, así como estaba, lo mejor que pudiera. Hice la experiencia y trato de repetirla a partir de entonces. Creo que ese día, algo se abrió o se transformó en mí, todo estaba allí: el llanto, la impaciencia, el cansancio, pero empezó a tener un sentido nuevo. En vez de tratar de “hacer algo” con todas estas cosas intentaba aceptarlas o por lo menos aceptar que estuvieran allí, con mi beba y conmigo. Percibí, de manera muy extraña y contradictoria, que Dios estaba allí y que yo también podía elegir estar allí con Guadalupe¹⁵ y con Él, que me quería enseñar muchas cosas a través de ella.

Este espacio interno que se abrió en mí, con motivo de esta experiencia, tenía grandes similitudes con la celda de la que hablaban los Padres: allí recibía un conocimiento nuevo de Dios, de los demás y de mí misma. Es difícil de explicar, pero se parece a la experiencia que tenemos al ingresar a un templo.

Haciendo esta (novedosa para mí), experiencia de celda, comprendí de qué hablaban los monjes del desierto cuando afirmaban que las llaves de la celda son la paciencia y la humildad. Cuanto más aprendemos a permanecer en la celda, adquirimos un conocimiento más profundo de nosotros mismos, de nuestros propios demonios, que van aflorando en una exótica caravana de sentimientos, de imágenes y de pensamientos. Con el sólo reconocimiento de que esos sentimientos, imágenes y pensamientos nos pertenecen, la humildad y la mansedumbre van adquiriendo una importancia nueva en nuestra vida.

Junto con la humildad frente a la evidencia de nuestra verdad, lentamente, tímidamente, van apareciendo la paciencia para “padecernos” y tratar de aceptarnos a nosotros mismos y la confianza en Dios, que cumple su promesa de permanecer con nosotros en todas las etapas de nuestro itinerario.

En la Edad Media, se popularizaron entre los monjes alabanzas a la celda tales como “Cella est Coelum” y “Cella est valetudinarium”¹⁶. La celda (como le gustaba decir a Isabel de la Trinidad “mi celda es mi cielo”) se transforma en cielo cuando la fe iluminada por el amor nos hace ver que ése es el lugar en el que Dios se quiere encontrar con nosotros, que desde allí quiere recrear toda nuestra vida. Haciendo esta experiencia, de algún modo vemos confirmada la Palabra de Jesús que nos habla del Reino de Dios presente “en”

¹³ *La Sabiduría...*, 21.

¹⁴ Poesía n° 12: “Mi canto de hoy”, en: *Teresa de Lisieux. Obras Completas*, Burgos, 1989, 696-697.

nosotros y “entre” nosotros (cf. *Mt 12,28; Lc 17,21*).

También es verdad que la “celda es enfermería”, allí, al calor de este amor purificador que la celda ofrece, se van curando las heridas y a fuerza de dejar desfilar a nuestros demonios, se va purificando la memoria. El amor recibido y dado va renovando el corazón, lo va purificando y transformando lentamente de corazón de piedra, en corazón de carne (cf. *Ez 11,19*).

2. La maternidad como celda

2.1 Ser celda para el hijo...

En definitiva, la imagen de la celda nos retrotrae a la primera celda que nos tocó habitar, el útero materno. En la inmensa mayoría de los casos, dicen los psicólogos, éste es un lugar sumamente placentero, en el que se vive la experiencia de total unidad con nuestra madre. A partir de la salida de esta primera celda, comienza nuestro peregrinaje por otros lugares casi siempre mucho menos confortables.

Creo que las mujeres llevamos en nosotras mismas la experiencia de la celda, la tenemos incorporada en nuestro registro corporal, hayamos o no dado a luz un hijo físicamente. M. T Porcile, expresa algo de esto cuando dice: “Todo en la mujer es y habla de esta posibilidad de ser habitada. No importa si la habitación se cumple efectivamente o no. Lo fundamental es que la mujer integra en su modo, en su estilo de ser mujer, el lenguaje de un cuerpo que le habla de habitación. (...) El vientre de la mujer es el primer lugar del mundo en el cual otro ser humano existe, nace, vive, se desarrolla y se nutre hasta el momento de su nacimiento. (...) El cuerpo de la mujer es espacio de acogida y espacio habitable; ella es, en su cuerpo, habitación”¹⁷.

Desde el punto de vista de la psicología, la permanencia es una característica importante del rol materno, ya que en el permanecer-junto-al hijo se visibiliza el amor gratuito y de aprobación que es el signo distintivo de la maternidad¹⁸.

Esta permanencia es fundamentalmente una actitud del corazón, aun-

¹⁵ Guadalupe es mi hija.

¹⁶ “La Celda es el cielo”, “la celda es una enfermería”. GRÜN la comenta en *La Sabiduría...*, 37.

¹⁷ M. T. PORCILE SANTISO, *Con ojos de mujer. Lo femenino en la teología y en la espiritualidad contemporáneas*, Bs. As., 2000, 246.

que evidentemente muchas veces se traducirá en un efectivo “estar-ahí”. Pero permanecer en el amor al hijo también implica dejar ser y dejar partir, incluso separarse cuando esto es el bien y la felicidad del hijo.

D. W. Winnicott, un clásico de la psicología evolutiva y un divulgador de la puericultura, ya en la década del '40, hablaba del bien y la salud que aporta a su hijo, una madre que sabe amarlo bien, (en este contexto, podríamos decir una madre que sabe “permanecer”): “Quiero llamar la atención hacia la inmensa contribución al individuo y a la sociedad que la madre sana, con el apoyo de su esposo, hace (...) *simplemente por el hecho de amar a su hijo* ¹⁹ (...) todo individuo que se siente una persona en el mundo, significa algo, toda persona feliz, tiene una deuda infinita con una mujer (...) el resultado del reconocimiento de este hecho no será la gratitud, y ni siquiera la alabanza, el resultado será una disminución del temor” ²⁰.

La permanencia en la celda de la maternidad, nos da la clave para otra preocupación típicamente paternal/maternal: la preocupación por la felicidad de los hijos, la solicitud que ponemos en que crezcan seguros, confiados. Si aprendemos a permanecer en la celda y perseveramos en aprender el alfabeto del amor que Dios quiere enseñarnos con su particular pedagogía, posiblemente descubramos que desde allí podemos brindarle (aún con nuestras limitaciones y pecados) ese cariño básico, de aprobación fundamental que necesitan para ser personas seguras, con una sana autoestima ²¹.

El amor de Madre, como todo amor, es una parábola del amor de Dios, quizás más fuerte por el hecho de que es la primera y constitutiva experiencia de amor que tenemos los seres humanos, vale decir que la forma en que hemos sido amados por nuestras madres (o por quien hizo las veces de), imprimirá un sesgo fundamental en el estilo de experimentar el amor y en el estilo de amar que cada persona tenga.

Como ya hemos hecho notar, todos los descubrimientos de la psicología acreditan la importancia que tiene el hecho de amar a un niño y de amarlo bien. Como todas las demás relaciones a partir del vínculo materno, nuestra relación con Dios se verá facilitada o impedida de acuerdo a la calidad de este primer, constitutivo amor. ¡Qué bueno es poder refugiarse en Dios, como cuando corríamos de chiquitos al regazo materno! Pero sucede que, si no tuvimos la experiencia del regazo materno, difícilmente ²² tendremos la experiencia del

¹⁸ Siempre recuerdo que unas personas que trabajaban en pastoral carcelaria, me comentaban que con el transcurso de los años, las únicas que perseveran hasta el fin en sus visitas a los presos, son sus madres. Ellas siguen yendo cuando amigos, parientes (incluso esposas/os) han dejado de ir.

¹⁹ El subrayado es de WINNICOTT.

²⁰ D. W. WINNICOTT, *Conozca a su niño. Psicología de las primeras relaciones entre el niño y*

“regazo” divino. La oración es de alguna manera, volver con el corazón a ese regazo.

Escuchemos lo que lúcidamente apunta A. Grün: “La oración tiene también mucho que ver con la regresión. La oración es una regresión legítima. Yo me retiro del ajeteo de mis ocupaciones, me retiro de los conflictos, para poder descansar en Dios. Sólo cuando he estado descansando en el hueco del pajar de mi oración²³, puedo subir otra vez al monte, donde siento el viento en la cara y Dios me muestra dónde me necesita hoy (cf. 1 R 19,9ss)”²⁴.

No será el amor materno el único referente en nuestra relación con Dios, pero me animo a decir que será un referente privilegiado. Qué bueno será poder dejarles a nuestros hijos, como la más preciosa herencia, una sana experiencia de amor incondicional. Creo que para ello podemos trabajar desde la misma concepción, desde la primera noticia de su existencia, en ser para ellos una celda: lugar de encuentro consigo mismos, con Dios, y con los hermanos, a partir de una experiencia de amor gratuito, el más generoso que podemos darles. La paternidad-maternidad nos compromete a encarar un serio camino de aprendizaje en el arte de amar, porque la calidad de nuestro amor será importante para la felicidad de nuestros hijos.

2.2. ...Y hacer del hijo una celda

*El propio cuerpo es para cada ser humano, lugar de encuentro consigo mismo. En el caso de la mujer, la meditación sobre el útero provoca un encuentro con la propia femineidad, integrando todas las dimensiones de la persona*²⁵. El útero, celda del hijo, es el punto de partida para la experiencia de celda que tiene la madre: entrando allí y volviendo a nacer (como Nicodemo) a la par del hijo, tenemos la posibilidad de descubrir este nuevo espacio vital-espiritual que es la maternidad.

Tal como nos recordaba M. T. Porcile²⁶, ser mujer es tener la posibilidad de ser habitada. La experiencia de la maternidad como celda está disponi-

su familia. Barcelona-Bs.As., 1999, 212-213.

²¹ Una referencia obligada en este tema es la sección dedicada al amor en el libro de J. PIEPER *Las Virtudes Fundamentales*, Madrid, 1998, 416-551.

²² He elegido adrede el adverbio “difícilmente”, lo cual significa que no es imposible.

²³ En el texto el hueco del pajar es evocado por el autor como símbolo materno.

²⁴ A. GRÜN, *Recuperar la propia alegría*, Navarra, 1999, 30.

²⁵ M. T. PORCILE SANTISO, *Con ojos de mujer...*, 246. Ver también la referencia al *hesicasm* en la voz “cuerpo” de NDE. En el caso de la mujer: el punto de encuentro parecen ser las “entrañas de misericordia”, de las que habla la Escritura, esta referencia es la unión del Corazón en sentido bíblico

ble para toda mujer, por el hecho de serlo, existe en nosotras la capacidad de ser espacio para otro. Creo que en esto, como en muchas otras cosas, tenemos que dejarnos enseñar por nuestro cuerpo²⁷: la posibilidad de recibir a otro ser como huésped, es la posibilidad de convertirnos en huéspedes de esta misma experiencia.

Entrando en nuestra maternidad, permaneciendo en ella (y no sólo padeciéndola), esta celda será tan liberadora, plenificante y vital como fue la primera que nos tocó habitar. Como lo eran las celdas de los Padres del desierto.

¿Qué es hacer de la maternidad una celda? Es comprender de una manera vital, existencial, que mi experiencia de madre es el gran lugar de *mi* encuentro con Dios, que mi cotidiano contacto con mis hijos y todo lo que ello implica, (desde el supermercado hasta el pediatra, pasando por la convivencia y el conocimiento de ese niño), es la mayor manifestación de Dios en mi vida.

- Por empezar, al ver al hijo comprendemos que Dios es Padre-Madre y me ama; a partir de su concepción, adquiere un nuevo significado la Palabra de Dios: "*Como un Padre siente ternura con sus hijos, así el Señor siente ternura por sus fieles*" (Sal 103,13); "*Si ustedes que son malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que lo pidan!*" (Lc 11,13). Estas palabras pasadas por el tamiz de la propia maternidad-paternidad, nos hacen mirar de otra manera la presencia paternal-maternal de Dios en la vida.
- Además, una de las primeras cosas que entendemos, con la llegada de un hijo, es la necesidad de "cambiar y volvernos como niños" (cf. Mt 18,3). La sencillez, la transparencia, la sinceridad, la apertura, la humildad, son lecciones cotidianas que nos transmiten los chicos con su presencia²⁸.
- La maternidad es también una escuela de ascesis, en la "celda" de la maternidad tenemos maravillosas oportunidades cotidianas de aprender a desprendernos de todo, hasta de nosotras mismas. Así, desde el nacimiento del hijo, aprendemos a desprendernos de la comodidad de hacer las cosas al

y el útero. Cf B. MARCHETTI-SALVATORE voz *Corazón* en: E. Ancilli (dir.), 487-490; I. Rodríguez, voz *Corazón de Jesús* en: E. Ancilli (dir.), 492-499.

²⁶ M. T. PORCILE SANTISO, *Con ojos de mujer...*, 246.

²⁷ "La reapropiación del cuerpo" es un eslogan que en la década de los '60 y '70, aludía al derecho de la mujer a decidir por la vida del hijo concebido. En el contexto de la maternidad como celda puede adquirir un nuevo sentido.

propio ritmo y de dormir cuando tenemos sueño: ¡a veces estas vigili-
as son comparables a las de los monjes! Si queremos, existe la posibilidad de apren-
der a pensar primero en el otro; aprendemos con el hijo y después podemos
seguir practicando con los demás. En el proceso, puede ser que descubramos
la alegría del desprendimiento.

- La celda de la maternidad es, también, una fecunda escuela de conoci-
miento de nosotras mismas: puede ser que no seamos tan pacientes o tolerantes
como habíamos imaginado, y puede ser también que el cariño nos haga
hacer cosas de las que no nos sabíamos capaces.
- Los hijos, su bienestar y felicidad, se convierten en un gran criterio de dis-
cernimiento²⁹ de la Voluntad de Dios para nosotros, tanto para las grandes
decisiones y como para lo pequeño y cotidiano: aceptar un trabajo nuevo o
ir al cine, serán decisiones que tomaremos teniendo en cuenta a los hijos.

Así, podemos seguir recorriendo la vida y encontrando nuevos modos de
encuentro con Dios en la celda de la maternidad. Hay una "conditio sine qua
non": aprender a permanecer en ella, hacernos disponibles para encontrarnos
allí con el Señor que quiere enseñarnos, consolarnos, alentarnos, advertirnos,
en definitiva, que quiere amarnos.

Un deseo final

Me animo a formular un deseo para todas las madres, para todas las
mujeres:

Que nuestros hijos (biológicos, adoptivos o espirituales) encuen-
tren confortables nuestros corazones,
Que nos animemos a entrar en nuestra maternidad, con la misma
amorosa disposición con la que los Padres del desierto entraban
en sus celdas,
Que nuestros hogares sean, como el icono Guadalupano, que nos
presenta a María embarazada: templo, cuna y casa de familia,
Que la Iglesia sea celda acogedora, en la que muchos varones y
especialmente mujeres, encuentren su auténtica vocación y mi-

²⁸ Este tema está abordado de manera rica y amplia en libro de H. U. von BALTHASAR, *Si no
os hacéis como este niño...*, Barcelona, 1989. Las notas de la existencia filial, se hallan en el capítulo
Vivir como hijos de Dios, 57-74. Espero poder abordar este tema en otro trabajo.

²⁹ Cuando hablo del hijo como "criterio de discernimiento", quiero señalar que su presencia
y necesidades serán un signo de lo que Dios quiere en lo concreto de cada día. Un verdadero criterio
prudencial que me señala el «aquí y ahora» de lo que debo hacer.

sión, integrando su fe y su vida.

Bibliografía:

Además de lo que figura en las notas, puede ser interesante,

- Sobre los Padres del desierto: G. Bunge, *La Paternidad Espiritual. La gnosis cristiana en Evagrio Póntico*, Luján, 2000; A. Grün, *Armonía interior, Un camino posible*, Bs. As., 2000; J. C. Guy, *Jean Cassien, Vie et doctrine spirituel*. Paris, 1961.
- Sobre los aspectos psicológicos de la maternidad como permanencia: W. W. Dryer, *La felicidad de nuestros hijos*, México, 1986. M. Viel Temperley, *En el Nombre del Hijo*, Bs.As., 1995.
- Sobre la teología del cuerpo de la mujer: M. Navarro (dir.), *Para Comprender el Cuerpo de la Mujer*, Navarra, 1996; M. T. Porcile Santiso, *Con ojos de mujer, Lo femenino en la teología y en la espiritualidad contemporáneas*, Bs. As., 2000, 215-236; *Una teología del cuerpo de la mujer*, en *La Mujer, Espacio de Salvación*, Madrid, 1995, 231-270. *Voz Cuerpo*, en: Goffi - de Fiores- Guerra (dirs.), *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid, 1991, 419-442.
- Sobre espiritualidad femenina: J. Wolski Conn (ed-), *Women's Spirituality: Resources for Christian Development*, New York, 1986; M.S. Carrasquer Pedrós – A. De la Red Vega, A., *Madres del Desierto*. Burgos, 2000; M.Guenther, *Holy Listening. The Art of Spiritual Direction*, Boston, 1992.

Acassuso 653
B1642CGM San Isidro
Argentina